

EN CLAVE DE SOL



José R. Pascual-Vilaplana **Director titular de la Banda Municipal de Bilbao**

He tenido la suerte de nacer en un ecosistema musical natural. Desde pequeño he visto en mi casa el trombón de mi padre o la trompa de mi hermano. Cuando llegaba del colegio, antes de comer, mis hermanos cantaban un ejercicio de solfeo del método de Hilarión Eslava. Así que, a los seis años, yo me uní a la tradición. De hecho, a

mi compañero de pupitre en la escuela, le pregunté en una ocasión: “¿Y tú por qué ejercicio vas?”, pensando que todo el mundo hacía lo mismo en su casa. Todas las tardes iba a la sede de nuestra banda, la Unió Musical de Muro, y “*el ti Salvador*” nos repasaba las lecciones. Después me dieron un bombardino para que empezara con él. Aunque yo pensaba en tocar el oboe, pronto me entusiasmó el sonido de aquel instrumento al que hay que abrazar para hacerlo sonar. Entré a la banda con nueve años, con más ilusión que preparación. Pero ir todos los días a las clases de la banda, los ensayos de los martes, viernes y domingo, los pasacalles, los conciertos,... fueron sembrando en mí una forma de vivir. Con doce años empecé mi relación con el piano. Mi primer profesor era, además, el organista de la parroquia. Me sugirió que debería ir pensando en sustituirlo. Iba todos los días a estudiar a casa de una tía abuela que tenía un piano antiguo hasta que pude comprarme uno. Además, muchas tardes pedía la llave de la iglesia en casa del sacristán y me pasaba buenas horas practicando con el órgano. Mis clases con la pianista M^a Ángeles Palacios fueron fundamentales e inspiradoras, por su carisma, su amor a la música y su sencillez. Empecé clases de armonía con el maestro Rafael Alcaraz, catedrático del Conservatorio de Salamanca que, al jubilarse, regresó a Muro, su pueblo natal. Después en el Conservatorio de Alcoi estudié con maestros como Gregorio Casasempere o Javier Darías (Premio Nacional de Música 2018), dos músicos de una gran formación musical e intelectual. Sin casi darme cuenta, con quince años estaba tocando el bombardino, estudiando piano y participando como organista todas las semanas en la parroquia. Con diecisiete años conocí, en un curso de verano, al maestro holandés Jan Cober. Él me abrió al universo de la dirección con una energía desbordante. Me invitó a ir a estudiar con él a Holanda, donde descubrí una tradición bandística de una gran riqueza tanto artística como pedagógica. Después llegó Viena y dos maestros fundamentales en la dirección de orquesta: Karl Österreichler y Hans Graf. Con este último llegué a trabajar de asistente en su último año como titular de la Orquesta Sinfónica de Euskadi. En 1996 conocí al maestro norteamericano Eugene Corporon que me cambió todas las perspectivas sobre el estudio metodológico de la dirección musical. El concepto norteamericano de las bandas, con toda su planificación pedagógica y artística influyeron en mi forma de ver a las orquestas de viento y percusión. Y si tuviera que mencionar a personas claves en mi vida musical y personal, además de las ya citadas, sin duda serían los maestros Amando Blanquer y Carlos Palacio, dos compositores inmensos, y dos personalidades únicas que tuve la suerte de conocer, disfrutar, y que son inspiradoras en mi trabajo diario.

Además de la formación académica, uno de los mayores tesoros que creo haber podido disfrutar en mi evolución como músico, han sido



EN CLAVE DE SOL



las bandas que confiaron en mi como director titular: la Unió Musical “La Primitiva” de Castell de Castells (Alicante), la Unió Musical de Yátova (Valencia), la A. Unió Musical de Bocairent (Valencia), la A. Artístico Musical “El Trabajo” de Xixona (Alicante), la Societat Musical “La Nova” de Xàtiva”, y mi banda, la Unió Musical de Muro. A ellas se unen el grupo de dulzainas “La Xafigà” de Muro, con quienes aprendí el gran bagaje de la música tradicional. En el año 2001 empecé mi relación con la Orquesta Sinfónica de Albacete, de la que fui principal director durante diez años. Con esta formación tuve oportunidad de realizar infinidad de producciones sinfónicas, con oratorios, zarzuelas, conciertos con solista, conciertos con grupos de cámara... viajando por todo el territorio de Castilla La Mancha.

Tras ganar los concursos de dirección del WMC en Kerkrade (Holanda, 1997) y de la EBBA en Birmingham (Reino Unido, 2000), empecé a viajar como director invitado, actividad que sigo desarrollando en países como Alemania, Argentina, Bélgica, Cuba, Colombia, Eslovenia, Francia, Italia, Portugal, Rumanía, Suiza, Uruguay o USA. Cada viaje, cada país, son estelas ricas en experiencias que ayudan a abrir la mente y el corazón.

En 2014 dirigí por primera vez como director invitado a la Banda Municipal de Bilbao. Después fui seleccionado como director titular empezando mi actividad como tal en 2015 hasta la actualidad. Desde 2018, comparto titularidad con la Banda Municipal de Barcelona. Dirigir estas dos bandas de música profesionales es, sin duda, una de las experiencias vitales y profesionales más importantes de mi vida. Un trabajo duro que compensa con la esperanza de demostrar día a día, con humildad y esfuerzo, que las bandas de música pueden y deben ser vehículos de cultura de nuestra contemporaneidad.

Sería imposible citar en un texto como éste, a la cantidad de personas con las que he podido compartir vida y trabajo, alumnado, compañeros, personas que me han ayudado y me ayudan a seguir creciendo como persona y como músico. El trabajo en común y el compartir anhelos y desilusiones son para mí una clave esencial de la vida. Ser director o compositor te hace ser un artista dependiente, pues dependes de los demás para poder realizar tu tarea. Y realmente, lo mejor de este trabajo es precisamente eso: poder realizar una actividad artística con otras personas.

